

en desiguales estados,  
dar alivio á mis cuidados,  
ni ver tu rostro apacible;  
pues amar un imposible  
será eterno padecer;  
no amarte, no puede ser;  
pues, amarte, y no esperar  
padecer, y no olvidar,  
es morir y no poder.  
Si yo de Pinardo fuera  
hijo, cual pensé, y te amara,  
cuando á mi ser te igualara,  
poco tu suerte subiera.  
Soy Duque: ¡ay, fortuna feral  
tormentos con honras das:  
ya yo sé que igualado has,  
midiendo amorosas leyes,  
los pastores á los reyes;  
mas yo soy sabio, que es más.  
En cuanto rey, no era mucho  
llevarme de mi pasión;  
en cuanto sabio, es acción  
en que mi deshonra escucho.  
¡Con qué de contrarios lucho!  
Amando, he de aborrecer;  
príncipe, tengo poder;  
sabio, ocasiono mi agravio,  
y amante, príncipe y sabio,  
queriendo, he de no querer.  
Pues dar alivio á mi amor  
por medio menos que honesto,  
ni aun pensarlo, porque he puesto  
todo mi honor en tu honor.  
Morir, Leonisa, es mejor:  
batalle en mi fantasía  
esta contraria porfía,  
mientras la vida haga pausa,  
como se ignore la causa  
de tanta melancolía.

## ESCENA IV

ROGERIO y ENRIQUE.

ENRIQUE. Que el Duque me haya quitado  
por vos, bastardo y espurio,  
á Bretaña, no me injurio,  
que mi nobleza me ha dado  
la sucesión suficiente  
que mi sangre ha merecido;  
legítima á un mal nacido  
el Papa, estando yo ausente,  
que de su elección aguardo  
el suceso que merece  
la provincia que obedece  
por Duque suyo á un bastardo.  
Pero que con esta herencia  
el Duque á Clemencia os dé,  
eso no, que os sacaré  
el alma yo con Clemencia.  
Si fuéades sabio vos,  
y por consiguiente, cuerdo,  
entrádes en acuerdo,  
y comparádoos los dos,  
vos y Clemencia, mi prima,  
temiérades su nobleza,  
porque en la naturaleza  
el Papa no legítima;

ni por más que os habilite  
para el estado que os da,  
posible al Papa será  
que mancha de sangre os quite.  
Al agua más limpia y clara,  
como á otro cualquier licor,  
se le pega el mal sabor  
del vaso vil donde para;  
y aunque de reyes franceses  
sangre el Duque os haya dado,  
el vaso en que habéis estado  
por lo menos nueve meses,  
que os habrá pegado, es llano,  
el bajo ser que tenéis,  
pues sois Duque, y no perdéis  
los resabios de villano.  
Que no es más que villanía  
el soberbio pretender  
á Clemencia por mujer  
legítima, y sangre mía.  
¿Conmigo competís vos,  
sin honra, ser, ni consejo?  
ROGERIO. Conde, miráos á un espejo,  
y vengaréisme de vos. (Vase.)

## ESCENA V

ENRIQUE.

¿Que yo á un espejo me mire,  
y de mí le vengaré?  
Extraña respuesta fué:  
causa me da que me admire.  
¡Cuando le injurio y espero  
que usando de su poder,  
ó ha de mandarme prender,  
ó vengar en mí su acero,  
sin airarse contra mí,  
sin hacer de injurias caso,  
sin descomponer el paso  
se parte y me deja así!  
Suceso es digno, por Dios,  
de admiración y consejo.  
«Conde, miráos á un espejo,  
y vengaréisme de vos.»  
¿Si quiso decir por esto  
lo que Séneca, adivino<sup>1</sup>,  
que la cólera y el vino  
en un mismo grado ha puesto,  
cuya furia y frenesí,  
si la razón no la aplaca,  
al hombre más cuerdo saca,  
para afrentalle, de sí?  
«Si el airado se mirase  
(dijo Séneca) á un cristal,  
yo sé que viéndose tal,  
de sí mismo se afrentase.»  
Ya mi cólera se mira  
á vuestro espejo, razón,  
y ya mi loca pasión  
afrentada se retira.  
Justamente os llaman sabio,  
pues por tal es bien se estime  
quien sus pasiones reprime  
y disimula su agravio.

<sup>1</sup> En el original: Hartzenbusch escribió «divino».

No haya más entre los dos,  
que me diréis, si me quejo:  
«Conde, miráos á un espejo,  
y vengaréisme de vos.» (Vase.)

## ESCENA VI

CLEMENCIA y CARLÍN.

CLEMEN. Yo gusto desto: dejalde.  
CARLÍN. ¿Pues por qué no habian de entrar?  
CLEMEN. Cuando yo salí á cazar  
te conocí.  
CARLÍN. Ni ell alcalde,  
ni el cura, me quita á mí  
que no entre, si se me antoja,  
en la iglesia.  
CLEMEN. ¿Quién te enoja?  
CARLÍN. Un viejo, porque entro aquí.  
CLEMEN. Es aquese el guarda damas.  
CARLÍN. ¡Válganos Dios! ¡que hay quien deba  
guardar damas, y se atreva  
á que no quemén las llamas!  
Pues aun no puede un marido  
guardar sólo á su mujer,  
¿y habrá quien pueda tener  
tanto pájaro en un nido?  
El tiene gentil tempero.  
CLEMEN. ¿A qué has venido á palacio?  
CARLÍN. En el campo hay más espacio  
que acá. Mas diga, ¿es de vero  
que Rogerio es Duco?  
CLEMEN. Sí.  
¿Vendrásle á pedir mercedes?  
CARLÍN. Si viniere ó no...  
CLEMEN. Bien puedes,  
que yo rogaré por ti.  
CARLÍN. Y qué, ¿el Duco viejo es ya  
su padre?  
CLEMEN. Él le ha dado el ser.  
CARLÍN. ¿Y ella diz que es su mujer?  
CLEMEN. Mi esposo ha de ser.  
CARLÍN. ¡Verál:  
hombre hué siempre de chapa;  
desde mochacho lo tuvo.  
Cura en nuso lugar hubo  
que adivinó el verle papa.  
CLEMEN. ¿Cómo?  
CARLÍN. Desde el primer día  
que empezó de gorgear,  
á todos los del lugar  
tanta y papa les decía;  
y como no se le escapa  
nada al cura al punto dijo:  
«¿Papa sabéis decir, hijo?»  
pues yo espero veros papa.»  
CLEMEN. ¡Graciosa rusticidad!  
Pues le vais, serrano, á ver,  
procuralde entretener,  
y su tristeza aliviad,  
que después que es Duque, vive  
melancólico en extremo,  
y al paso que le amo, temo  
su salud.  
CARLÍN. ¡Oh! si recibe  
cierto envoltorio que aquí  
le traigo, yo le aseguro  
que ella vea cual le curo.

CLEMEN. ¿Es regalo?  
CARLÍN. Creo que sí.  
CARLÍN. Mostralde acá.  
CARLÍN. Viene oculto.  
CLEMEN. ¿Es de Pinardo?  
CARLÍN. No es dél.  
CLEMEN. ¿Pues cuyo?  
CARLÍN. Es cierto papel.  
CLEMEN. Regalo que no hace bulto,  
¿qué será?  
CARLÍN. ¿No lo penetra?  
CLEMEN. Son unos polvos.  
CARLÍN. ¿De qué?  
CLEMEN. De carta, que si los ve,  
tambien podrá ver la letra.  
CARLÍN. ¿Es billete?  
CLEMEN. Sí, por Dios.  
CARLÍN. ¿Quién le escribe?  
CLEMEN. No hay decillo.  
CARLÍN. ¿Por qué?  
CLEMEN. Mándanme encubrillo,  
principalmente de vos.  
CLEMEN. ¡Ay, cielos! ¿Y es quien le avisa  
en él alguna serrana?  
CARLÍN. Más fresca que la mañana.  
CLEMEN. Bueno; ¿y llámase?  
CARLÍN. Leonisa.  
CLEMEN. Según eso, no me espanto,  
si es su amante, y no la ve,  
que triste Rogerio esté.  
¿Quiérense mucho?  
CARLÍN. Tanto cuanto.  
CLEMEN. ¿Y cual de aquellas dos era,  
que cuando á caza salí  
con Rogerio hablando ví?  
CARLÍN. Picando os va la celera.  
La que me ha dado esta carta,  
cuyo porte pagáis vos,  
es, señora, de las dos,  
barbinegra y cariharta.  
CLEMEN. ¿Esa es Leonisa?  
CARLÍN. ¿No bonda  
decir que sí? En muesa villa  
la llaman «la albondiguilla»  
por ser tan carirredonda,  
¿Y á esa quiere?  
CLEMEN. Es bella moza.  
CARLÍN. Mostrad el papel acá.  
CLEMEN. Mas no nada.  
CLEMEN. Acabad ya,  
villano.  
CARLÍN. ¡Ay, que me retoza!  
CLEMEN. ¿Vos sabéis aquestas tretas,  
rústico, zafio, villano?  
CARLÍN. ¡Aquí del Rey, que la mano  
quiere meterme en las tetas!  
(Sale Rogerio.)

## ESCENA VII

DICHOS y ROGERIO

ROGERIO. ¿Qué es aquesto?  
CLEMEN. La ocasión  
de vuestra melancolía,  
si de la desdicha mía  
presagios ciertos no son.

Triste estáis; tenéis razón,  
que el mudar naturaleza  
¿á quién no causa tristeza?  
Y más á vos, que trocado  
habéis un ilustre estado  
por esta vil rustiqueza.  
Será para vos destierro  
la corte que os recibe,  
porque donde el gusto vive,  
que vive la corte es cierto.  
Cambio os da el amor, abierto  
en letras que os ha librado,  
cobrad, quedaréis pagado,  
si aceptáis de mejor gana  
una morada villana  
que un generoso ducado.  
Y alegraos, que ya os avisa  
de que en vuestra triste ausencia  
no ha de malograr Clemencia  
esperanzas de Leonisa.  
Guardad para ella la risa,  
y para mí los enojos  
que si villanos despojos  
el alma os tiranizaron,  
yo, porque á vos os miraron,  
sabré castigar mis ojos. (Vase.)

## ESCENA VIII

ROGERIO y CARLÍN.

ROGERIO. ¡Bárbaro! ¿que has hecho?  
CARLÍN. ¿Yo?  
no me sé: ¿qué quiere c'aga?  
Aquesta será la paga  
del parabién que le dó.  
ROGERIO. ¿Envióte acá Leonisa?  
CARLÍN. ¿Pues quién me había de enviar?  
ROGERIO. ¿Y escribe?  
CARLÍN. Todo un plentar,  
por más que la daba prisa.  
ROGERIO. Y le habrás dicho á Clemencia  
todo cuanto en mi amor pasa.  
CARLÍN. Pues si con ella se casa,  
¿no era encubrirlo conciencia?  
ROGERIO. ¿Hay disparate mayor?  
CARLÍN. El marido y la mujer  
¿una carne no han de ser  
y un alma? El sermonador  
mos lo dijo el otro día.  
ROGERIO. ¿Qué querrás decir por eso?  
CARLÍN. Pues si es su carne y su gueso,  
el papel que á él le traía,  
y yo le negué importuno,  
cuando á su mujer le diera,  
¿qué importa que le leyera?  
ROGERIO. ¡Hay tal necio!  
CARLÍN. ¿No es todo uno?  
ROGERIO. ¿Distesele al fin?  
CARLÍN. ¡Mal año!  
ROGERIO. ¿Qué es dél?  
CARLÍN. Aquí está metido.  
ROGERIO. Discreto tercero has sido

1 Así enmendó Hartzenbusch el texto que decía «otra».

CARLÍN. No hay ya discretos ogaño.  
ROGERIO. Muestra acá.  
CARLÍN. ¡Qué mala cuca  
la Duca debe de ser!  
ROGERIO. ¡Ay, mi bien!  
CARLÍN. Un Lucifer  
es si enoja la Duca.  
(Lee Rogerio la carta.)  
«Del pláceme que os envío  
volvedme el pésame á mí,  
pues lo que siempre temí  
llora ya mi desvario.  
Duque sois, y no sois mío:  
gocéis en gusto mayor  
mejoras de vuestro amor,  
que si en esta triste ausencia  
fuere allá todo clemencia,  
todo acá será rigor.  
Entre celosas mudanzas  
mis deseos faetones,  
envidiando posesiones  
sepulturán esperanzas.  
Dad, sin injuriar, venganzas  
á quien me ha de suceder;  
que yo que os supe querer,  
y nunca sabré olvidar,  
siempre, Duque, os sabré amar  
si no os supe merecer.»  
ROGERIO. ¡Ay, imposible querido!  
tus parabienes son tales,  
que más serán para males  
del bien que sin ti he perdido.  
Quejas, Leonisa, me das,  
cuando en tus valles amenos  
quisiera yo valer menos  
que aquí, por gozarte más.  
Sin ti ¿qué vale la corte,  
si lo es por ti el monte? En fin  
perdonándote, Carlín,  
te vengo á pagar el porte  
deste papel. Ven acá;  
¿llora por mí mi Leonisa?  
CARLÍN. Todo es llanto, si era risa,  
suspiros de á legua da.  
ROGERIO. ¿Tanto llora?  
CARLÍN. Ojos y cholla  
tién, que es verla compasión,  
y más si hace salpicón  
y es picante la cebolla,  
no embargante que haya quien  
ocupando el lugar vueso,  
ande por ella sin seso  
y la quillote también.  
ROGERIO. Será algún pastor  
CARLÍN. ¡Mal año!  
Es caballero, que hereda  
dos castillos, cruje seda,  
y guarnece de oro el paño.  
ROGERIO. ¿Quién es?  
CARLÍN. Filipo, el señor  
de Castel y Fuen-Molino.  
ROGERIO. ¿Filipo, nuestro vecino?  
CARLÍN. Ése la tién tal amor,  
que á dó quiera que la vé  
la pestilencia le toma.  
No hay desde París á Roma  
quien tales musquinas dé.

## ESCENA X

ENRIQUE, solo.

¿Para mí Clemencia? Enigma  
es, que mi ventura entabla.  
Rogerio es sabio y no habla  
sino sentencias de estima.  
Esta esperanza me anima:  
haced mi duda, obediencia,  
amor, y tened paciencia,  
pues Rogerio os da noticia  
que hay para todos justicia,  
pero para mí clemencia. (Vase.)

## ESCENA XI

PINARDO y FILIPO, caballero; los dos en traje de campo.

PINARDO.

Es Leonisa una hermosa labradora,  
Filipo, que si bien se considera,  
es en belleza y discreción señora,  
aunque la humilla calidad grosera.  
Su padre, mozo entonces, viejo ahora,  
en los principios de su edad primera,  
extranjero la trujo á esta montaña  
para ilustrar sayales, de Bretaña.  
Rentero ha sido mío muchos años,  
y aunque pobre, os afirmo que parece  
que desmintiendo su prudencia engaños,  
algún valor oculto le ennoblece.  
Vaivenes causa la fortuna extraños;  
mas sea humilde ó noble, ella merece  
ser excepción entre esta rustiqueza  
de tosca sangre y de común belleza.  
No porque vos la améis, pierde conmigo  
la elección que habéis hecho en su hermosura

FILIPO.

Si tal abono en mi favor consigo,  
¿por qué recela estorbos mi ventura?  
Estoy sin padres, y, aunque noble, sigo  
la inclinación, Pinardo, que procura  
de mi oro noble y de su lana escasa  
telas tejer con que adornar mi casa.  
Desdénname Leonisa; no me espanto,  
que no creará promesas generosas  
en tiempo donde amor promete tanto  
y paga al cabo en ditas mentirosas.  
Si vos la persuadís que al yugo santo  
conmigo ate coyundas amorosas,  
pues siempre os tuvo obediencial respeto,  
la vida os deberé.

PINARDO.

Yo os lo prometo.

## ESCENA XII

DICHOS y FIRELA con unos corales en la mano.

FIRELA. Cuando los corales pierde  
Leonisa, perdida está;  
pero quien perdido ha  
su esperanza, un tiempo verde,  
y ya marchita, ¿qué mucho  
que de cuentas no haga cuenta?

Anoche cantó á su puerta  
con otros dos una trova,  
y por Dios que no era boba;  
pero no estaba despierta  
la moza, y quedóse en seco.  
ROGERIO. ¿Y qué dice á eso Leonisa?  
CARLÍN. Aunque hace de su amor risa,  
perdoneme Dios si peço;  
que ella es hembra, y él es tal,  
que temo ha de derriballa  
á la postre.

ROGERIO. Torpe, calla.

CARLÍN. Hurtáronmos del corral  
el gallo el lunes pasado  
no sé cual de las vecinas,  
y viúdas las gallinas  
no atravesaban bocado.  
Llévelas otro mejor,  
y él todo plumas y gala,  
ya quillotrando él una ala  
hasta el suelo alrededor,  
ya escarbando, apenas toca  
el muladar con la mano.  
cuando por dallas el grano  
se le quita de la boca.  
Ellas con los gustos nuevos,  
menospreciando el ausente,  
que dó no hay gallo presente  
diz que no se ponen güevos,  
darán á Leonisa olvido,  
y hará en la memoria callos,  
que de galanes y gallos,  
uno ido, otro venido.—  
Mas no sé quien entra acá.

ROGERIO. Espérame afuera un rato,  
mientras que responder trato  
á Leonisa.

CARLÍN. ¿Escribirá?

ROGERIO. Pues no!  
CARLÍN. Acabe, que es tarde.  
Al puebro, par Dios, me acojo,  
que me miró de mal ojo  
la Duca, y el diablo aguarde. (Vase.)

## ESCENA IX

ROGERIO y ENRIQUE.

ENRIQUE. Primo sabio, en el espejo  
me he visto de la razón,  
donde para confusión  
de mí mismo, faltas deojo.  
Vuestro prudente consejo  
á pedir perdón me obliga,  
y á que respetándoos diga,  
que no hay más cuerda venganza  
que aquella que con templanza  
aconsejando castiga.  
Pues sois sabio, perdonad  
mi necia descompostura.  
ROGERIO. Conde, amor todo es locura,  
ciega es toda voluntad.  
Yo estimo vuestra amistad  
sin haceros competencia:  
remitildo á la paciencia,  
y tendréis presto noticia  
que hay para todos justicia,  
pero para vos clemencia. (Vase.)

Amor, suspensión violenta, ¡qué de males de ti escuchol!

PINARDO. ¿Qué hay, Firela, por acá?

FIRELA. Perdió en la fuente Leonisa, lágrimas dando á su risa, estos corales. Si está en casa, mande, señor, que los salga á recibir.

FILIPO. ¿Suyos son?

FIRELA. Y ha de sentir. pena el perdellos.

FILIPO. Mejor será, dándoos el hallazgo, que me los deis á mi.

FIRELA. ¿A fe?

FILIPO. Y en cabeza los pondré de mi noble mayorazgo.

FIRELA. ¿Para qué quiere él corales?

FILIPO. Para aliviar mi pasión, que en el mal de corazón me afirman que son cordiales.

FIRELA. Desear bienes ajenos es pecado.

FILIPO. Restituye en ellos quien me destruye cuando no lo más, lo menos. Tomad vos esta sortija.

FIRELA. ¿Puedo yo ser liberal de hacienda agena?

FILIPO. Mi mal me manda que los elija.

FIRELA. Si lo sabe, ¿qué dirá?

FILIPO. Dalde vos esta cadena por ellos.

FIRELA. Enhorabuena; mas no la recibirá, ni habrá quien dársela ose.

(Dale Firela los corales á Filipo y toma de él la cadena y sortija.)

PINARDO. Soy yo su casamentero, y dalla á Filipo quiero.

FIRELA. Como ella acepte, acabóse.

PINARDO. Vos habéis de interceder; que, en fin, más podremos dos.

FIRELA. Como se lo mandéis vos, ¿qué hay que dudar ni temer?

PINARDO. Decís bien, que es mi vasalla. Bien Rogerio la ha querido; (Ap.) si es Filipo su marido, y él sabio, vendrá á olvidalla.— Vamos.

FILIPO. Convertíos en risa, lágrimas de amor leales<sup>1</sup> y corales de Leonisa. (Vanse los dos.)

## ESCENA XIII

LEONISA y FIRELA

LEONISA. Anticipóse el invierno, valles, si hasta aquí floridos, ya secos, mi bien ausente, ageno sí, que no mío,

<sup>1</sup> Falta un verso en el original que Hartzenbusch suplió así: «den esperanza mis males».

ya no esperéis coronar de verbenas y de lirios las márgenes de sus fuentes, los límites de estos ríos: sin Rogerio todo es falta.

FIRELA. Leonisa, de los suspiros que das, si no son de amor, lo que buscas adivino. Si lloras por tus corales, halládoslos ha un perdido, que tu has ganado en perderlos.

LEONISA. Todo lo que causa olvido lo pierdo yo, mi Firela. Más ¿quién los tiene?

FIRELA. Filipo.

LEONISA. ¿Quién se los dió?

FIRELA. Su ventura.

LEONISA. ¿Qué mal dueño han escogido! Cóbramelos, mi serrana, así poblando tus hijos todos estos despoblados, cortes vuelvan sus cortijos.

FIRELA. Levántasete con ellos y alega en tu perjuicio que le tienes acá el alma, y así, que le es permitido cobrar de donde pudiere; fuera de que, como es rico, lo que te usurpa en corales, en oro pagarte quiso. Esta cadena me dió para ti.

LEONISA. ¿Qué desvarios, Firela, te descomponen ó la lealtad, ó el juicio? ¿Tú eres mi amiga?

FIRELA. Por serlo esposo te solicito igual, ya que no á tu estado, á tu pensamiento altivo.

LEONISA. ¿Pues en quién puede emplearse si subir ha merecido hasta adorar á Rogerio, que ya no caiga abatido?

FIRELA. Rogerio es Duque.

LEONISA. ¿Qué importa?

FIRELA. Cásanle.

LEONISA. Puesto que envidio venturas de mi contraria, no por eso desconfío. Mi amor es sólo potencia del alma, que no apetito; y el amor por sólo amar, es perfección, si es martirio. Que se case ó no Rogerio, ni con Clemencia compito, ni se amortiguan las llamas de mi amor perfecto y limpio. Tú eres apasionada; cohechos has recibido; para amiga no eres buena; ni sé si hasta aquí lo has sido. Quédate á Dios con tu oro, cómplice de tus delitos, que según hace traiciones, no es mucho que ande amarillo

FIRELA. Oye, espera, vuelve acá; que es Rogerio, y no es Filipo, quien con prisiones doradas encadena tus sentidos.

LEONISA. ¿Qué dices?

FIRELA. Que en tu amistad la poca firmeza he visto, con que á la prueba primera, en vez de bronce, eres vidrio. ¿Así obligaciones rompes?

LEONISA. Nunca el verdadero amigo, en riesgo de su lealtad, usa de ardidés fingidos. Mas ¿vienes tú de la corte? ¿has hallado al dueño mío? ¿dióte para mi esa prenda? ¿qué ha pasado? ¿qué te ha dicho?

FIRELA. ¿Tan andariega me hallaste? Si con Carlín le has escrito, y ha vuelto con la respuesta, ¿qué preguntas?

LEONISA. ¿Carlín vino?

## ESCENA XIV

DICHAS y CARLÍN.

CARLÍN. ¿Quién hurta á Carlín el nombre?

LEONISA. ¡Oh, leal y fiel ministro de mi amor! dame esos brazos.

CARLÍN. Estése queda. ¡Oh, qué lindo! Por Dios, que piense Firela que se los pongo. ¡Bonito soy yo para dar celeral!

LEONISA. En fin, ¿Rogerio no ha sido hombre en mudarse? en fin, ¿es de la firmeza prodigio? en fin, ¿no sabe olvidar?

CARLÍN. ¿Pues quién diabros se lo dijo? ¿ha habido berros y artesa?

LEONISA. En esta cadena estimo, no el oro, que es lo de menos, el dueño, sí, que ha tenido. Al dártela para mi ¿despidióte enternecido? ¿encargóte mi constancia? ¿comparó á su metal fino los quilates de mi fê?

CARLÍN. ¿qué dices?

CARLÍN. ¿Habla conmigo?

LEONISA. Dirás que te pague el porte. Escoje el mejor cabrito de mi manada.

CARLÍN. ¿Por qué?

FIRELA. (Aparte.) Carlín, todo lo que finjo aquí me importa que otorgues, ó de mi amor te despidio.

CARLÍN. ¿Hay son callar y otorgar?

LEONISA. ¿Qué dices?

CARLÍN. Lo que yo digo es, que en cuanto á la cadena, á Firela me remito.

LEONISA. ¿Cómo es ello?

CARLÍN. ¿Qué sé yo?

FIRELA. Este es un asno. Hame dicho cuanto con él ha pasado.

Como viene de camino cansado, y yo lo sé ¿quieres que te lo cuente?

CARLÍN. Eso pido.

LEONISA. ¿No me responde el papel?

CARLÍN. Así leyó el vueso y vino la Duca, que es una suegra, y el Duco, de quien es hijo, tuvo celera la Duca; hubo llanto y suspirito; temí alguna empalizada; mandóme el Duque novicio que aguardase el responsorio, y yo entonces, adivino de cualquier paloteado, acógime de improviso, y vengome sin la carta: ya la debe haber escrito.

LEONISA. ¿Pues cuándo te pudo dar la cadena que recibo, si hubo luego tanto estorbo?

CARLÍN. A Firela me remito.

FIRELA. ¿Hay bárbaro semejante? Mentecato, ¿no me has dicho que en viendo el Duque el papel, amante y tierno te dijo que en fê del constante amor, con que á pesar del olvido, ausente á Leonisa tiene, este oro hacia testigo de su invencible firmeza; y que, como su cautivo, lo que enviarle podía eran prisiones?

CARLÍN. Sí, dijo.

LEONISA. ¿Entrarían todos luego, y con ellos divertido te mandó que le esperases?

CARLÍN. A Firela me remito.

LEONISA. En fin, ¿se acuerda de mí?

CARLÍN. Como la olla del tocino; como el rocín de la yegua, y como la sed del vino. Mas yo vengo tan cansado de la corte y del camino, que si hay más que pescudar, á Firela me remito. (Vase.)

## ESCENA XV

LEONISA y FIRELA.

LEONISA. ¿Ves ahora cuán constante es Rogerio, y que el olvido no tiene jurisdicción en él?

FIRELA. Tu ventura he visto de que te doy parabienes.

LEONISA. ¡Qué contenta los recibol!

FIRELA. Déte amor fines tan buenos como gozas los principios. (Vase.)

## ESCENA XVI

LEONISA, que se echa al cuello la cadena.

¡Ay, bienvenida cadenal mal te pago, pues te envidio

al cuello donde has estado,  
de amorosos brazos digno.  
Tú adornarás desde agora  
el pecho que te dedico:  
mi gala eterna ha de ser  
las fiestas y los domingos.

## ESCENA XVII

LEONISA, FILIPO, con los corales al cuello, revueltos  
en una banda.

FILIPO. ¡Que busque yo intercesores (Ap.)  
para que mi esposa sea  
una pastora, y se vea  
mi esperanza entre temores!  
Mas ¡ay, cielos! aquí está,  
y con mi cadena al cuello:  
alma, si podréis creello;  
viento en popa amor os da.

¡Oh, sollicita Firela!

LEONISA. Si vuestros quilates toca (Ap.)  
mi fe, que os bese mi boca,  
cuando el alma se desvela  
por el dueño que os envía,  
no hago á mi honor agravios.

FILIPO. ¿En mi cadena los labios? (Ap.)  
¿Qué esperáis ventura mía?  
Seguro puedo llegar,  
pues de mi parte está amor.—

Si ausente hacéis tal favor  
á quien le viene á adorar,  
y ya le tenéis presente,  
no ocasionéis mis desvelos,  
que tengo de ese oro celos,  
pues en mi agravio consiente  
labios de inmenso tesoro,  
dignos que amor los asalte,  
pues vale más ese esmalte  
que los quilates de ese oro;  
que aunque ya son celestiales,  
pues tal cielo los tocó,  
más justo es que bese yo  
por vuestros estos corales.

LEONISA. ¡Ay, mis corales perdidos!  
Agora sí que lo estáis,

FILIPO. Hallélos yo, y vos halláis  
más perdidos mis sentidos.  
Al amor, Leonisa mía,  
le rogaba yo me diese  
retrato vuestro, que fuese  
apoyo de mi alegría.  
Mas como excedéis al arte,  
favoreciómeme de modo,  
que no atreviéndose en todo,  
vino á copiaros en parte;  
y dando alivio á mis males,  
me dijo: «suspende agravios,  
pues el coral de sus labios  
retratan esos corales.»  
Hallélos en ocasión,  
y en fe de lo que intereso,  
lo que significan beso, (Bésalos.)  
no, Leonisa, lo que son.  
Mas si vos besáis también,  
por ser mía, esta cadena,  
¿qué más dicha?

LEONISA. ¿Qué más pena  
que la que mis ojos ven?

FILIPO. ¿Esta cadena era vuestra?

LEONISA. Y vuestros estos corales.

(Aparte.) Firela, con desleales  
industrias su pecho muestra.

¡Fiad de amistad dorada!

Filipo, engañada he sido;  
que destroquemos os pido

prendas que han de hacer culpada

la opinión de mi decoro,  
pues dan sospechas iguales

caballeros con corales  
y labradores con oro.

Lo que es vuestro os restituyo:  
haced otro tanto vos.

(Quitase la cadena y ase los corales.)

## ESCENA XVIII

DICHOS y ROGERIO.

ROGERIO. Amor, en fe de que es Dios,  
en mi muestra el poder suyo.  
Con color que salgo á caza  
mi Leonisa vengo á ver.

LEONISA. Los favores han de ser  
voluntarios, no de traza  
que causen pena á su dueño.  
Soldad.

FILIPO. ¡Leonisa!...

ROGERIO. ¡Ay de mí!

¿Filipo y Leonisa aquí?

Bien se quieren, ó yo sueño.

LEONISA. ¡Rogerio!

FILIPO. ¡Señor!

ROGERIO. Extrañas  
suertes halla un cazador.

LEONISA. ¿Qué habéis hecho, ciego amor?

ROGERIO. ¡Ocasionadas montañas!—  
Bien os están los corales,  
y el oro os está á vos bien.

¡Qué de cosas nuevas ven  
cada día los mortales!

FILIPO. ¿Qué diré, que estoy confuso?

ROGERIO. ¿Queréis que se use el coral  
entre gente principal?

No me parece mal uso,  
que habiendo hombres con gorgueras,  
guedejas, faldas, anillos,  
y ojalá no con zarcillos,  
si ya no son orejeras,  
para que queden iguales  
con la dama más curiosa,  
no faltaba ya otra cosa  
que chapines y corales.

Quitáoslos, que no debéis  
dar gusto á quien os los puso.

FILIPO. Gran señor...

ROGERIO. Vestíos al uso,  
pero no los inventéis.

## ESCENA XIX

DICHOS y CARLÍN.

CARLÍN. Estos Ducos no mos dejan.—  
¿Acá también estáis vos?

ROGERIO. ¿Qué dices?

CARLÍN. Que esotros dos  
nuevos ganados aquejan.

El viejo y la Duca nuera  
helos aquí donde están.

ROGERIO. A aumentar mi mal vendrán.

LEONISA. Perdida soy.

CARLÍN. Plaza, afuera.

## ESCENA XX

DICHOS y el DUQUE, PINARDO, CLEMENCIA y FIRELA.

PINARDO. No aguardaba yo, señores,  
tan impensada ventura.

DUQUE. La ociosidad apresura,  
Pinardo, á los cazadores.

Rogerio, ¿sin darnos cuenta,  
os salís á caza así?

ROGERIO. Crieme, señor, aquí,  
y así mi tristeza intenta

buscar en mi natural  
alivios que allá no tengo.

¡Gran señora!

CLEMEN. Por vos vengo  
á cazar también.

ROGERIO. Mi mal  
me obliga á divertimientos  
del campo.

CLEMEN. Tenéis razón,  
y más en esta prisión,  
cifra de vuestros contentos.

ROGERIO. Pinardo, también os cabe  
parte á vos de mi venida.

PINARDO. Los pies os beso.

ROGERIO. ¿Qué vida  
pasé aquí, quieta y suave!

PINARDO. Diviértase y no imagine  
vuestra alteza, gran señor,  
en eso.

ROGERIO. Aun estoy peor  
después, Pinardo, que vine.

PINARDO. ¿De qué procede este mal  
tan lastimero?

ROGERIO. Yo creo  
que es, conforme á lo que veo,  
ramo de gota coral.

LEONISA. Por mis corales lo dice.

¡Ay, Firela! ¡qué de daños  
han causado tus engaños!

FIRELA. Pues yo por tu bien lo hice.

LEONISA. Tú también, villano, fuiste.

CARLÍN. ¿Pues yo, por qué?

LEONISA. La cadena  
que ser del Duque fingiste  
hace cierto tu delito.

Si es Filipo, su señor,  
¿por qué burlaste mi amor?

CARLÍN. A Firela me remito.

CLEMEN. Envidia tengo, serrana,  
al donaire que tenéis:  
tras vos la corte os traéis;  
dicenme que en viéndos sana  
cualquier tristeza que os mira.

LEONISA. Pues vos triste me miráis,  
y viéndome, no sanáis:  
creed, señora, que es mentira.

ROGERIO. Yo imaginé divertirme  
por estos montes agora,  
pero mi mal empeora,  
todo ha dado en afligirme.

Volvámonos, si es servido  
vuestra alteza, gran señor,  
que como está en lo interior,  
mi mal disparate ha sido.

CLEMEN. No los halléis vos aquí,  
Duque, y hallaréis en mí  
medicina y enfermera.—

Démosle, gran señor, gusto,  
aunque la caza perdamos.

DUQUE. Pues que vos le tenéis, vamos.

ROGERIO. Filipo, no fuera justo,  
habiendo sido los dos  
amigos y comarcanos,  
dejaros entre villanos  
sin acordarme de vos.

Sed mi secretario.

FILIPO. Beso  
á vuestra alteza los pies.

ROGERIO. Seguidme, Filipo, pues.

FILIPO. ¿Hay más infeliz suceso?

ROGERIO. Que miro muchos respetos  
en vos de satisfacción,  
secretario, y más si son  
parientes nuestros secretos.

CARLÍN. ¿Tengo de ir por el cabrito  
que en albricias me mandó?

LEONISA. Traidor, tú me has muerto.

CARLÍN. ¿Yo?

A Firela me remito.

## ACTO TERCERO

## ESCENA PRIMERA

ROGERIO.

Estaba melancólico yo, cielos,  
por ver que un imposible apetecía,  
¿qué haréis agora, pues, desdicha mía,  
si sobre un imposible os cargan celos?

Corales dan al corazón consuelos,  
y en mi corales son melancolía:

vuélvase á un desdichado en noche el día;  
lo que á otros da quietud, á mí desvelos.

Sabio dicen que soy, mas si lo fuera,  
tuviera en mis pasiones sufrimiento;

pero ¿quién le tendrá con tanto agravio?

Siempre el entendimiento fué su esfera,  
y contra injurias del entendimiento  
jamás supo tener prudencia el sabio.

## ESCENA II

FILIPO y ROGERIO.

FILIPO. En cumplimiento, señor,  
del secreto que me encarga  
en estas informaciones  
vuestra alteza, esta mañana  
hice esta breve minuta.

ROGERIO. Pretendo saber las faltas  
que tienen los pretendientes  
de mi corte y de mi casa;

que aunque es bien premiar servicios, no será razón se haga menos que con suficiencia de las partes.

FILIPO. La ignorancia, señor, y poca noticia de algunos principes causa que sin méritos se den injustamente las plazas. Yo me he informado de todas con el secreto que basta para que nadie las sepa.

ROGERIO. Decid. ¡Ay, celosas ansias!

FILIPO. Federico, hijo de Alberto, que á los Duques de Bretaña sirvió en la paz y en la guerra con consejos y con armas, quedó rico, mas gastando su hacienda en juegos y en damas, dicen que es en la pobreza del pródigo semejanza. Mas no enmendado con esto, fuerzas de flaqueza saca: sirve y ronda.

ROGERIO. ¿Es gentil hombre?

FILIPO. Tiene las piernas delgadas.

ROGERIO. Si lo están como su hacienda, lástima es.

FILIPO. Suple esta falta con la industria.

ROGERIO. ¿Cómo así?

FILIPO. Trae pantorrillas de plata.

ROGERIO. ¿Pues qué mucho que haga piernas? No era bueno para estatua de Nabucodonosor si en tan ricas piernas anda. Proseguid.

FILIPO. Vino Conrado, cubierto anteayer de canas, á darme este memorial, y hoy por ver si se despacha, como un mozo de veinte años, teñida cabeza y barba.

ROGERIO. ¿Y qué pide?

FILIPO. La tenencia de un castillo.

ROGERIO. Quien no guarda lealtad á sus años mismos, mal la guardará á su patria. Decid más.

### ESCENA III

RICARDO y DICHOS.

RICARDO. Licencia piden muchos, gran señor, que aguardan remedio de vuestra alteza, que como vuela la fama de su mansedumbre y letras, y da á todos puerta franca para que le comuniquen pasiones del cuerpo y alma, no hay quien no venga á gozar tal dicha.

ROGERIO. Daldos entrada. Divertiréme con ellos, y aliviaré sus desgracias. (Vase Ricar.)

### ESCENA IV

Salen varios pretendientes con memoriales. DICHOS.

PRET. 1.º A vuestra alteza suplico mire mi necesidad, servicios y calidad.

ROGERIO. ¿Estáis pobre, Federico?

PRET. 1.º Si es vuestra alteza mi dueño, los ricos me envidiarán.

ROGERIO. Pobre estáis, pero galán; galán, pero pediguño.

PRET. 1.º Si no tengo que comer, no haga desto maravillas.

ROGERIO. Coméos hoy las pantorrillas, y después volvedme á ver.

PRET. 1.º ¡Vive el cielo que ha sabido que me las pongo de plata! Sabio que de todo trata, temelle: yo voy corrido. (Vase.)

ROGERIO. ¿Qué pedis vos?

PRET. 2.º Consultado estoy en una alcaidía. La nobleza y sangre mía me tienen acreditado: mis hazañas ya son llanas.

ROGERIO. Conrado, mozo venis; no os daré lo que pedis hasta que peinéis más canas.

PRET. 2.º (Aparte.) ¿Si sabe que me las tiño? Voime, que no es buen consejo pretender cargos de viejo quien quiere parecer niño. (Vase.)

ROGERIO. ¿Qué pedis vos?

PRET. 3.º A firmar, señor, vengo este decreto.

ROGERIO. ¿De qué?

PRET. 3.º El consejo discreto los coches manda quitar.

ROGERIO. ¿Por qué?

PRET. 3.º No se vió jamás tal desorden dias ni noches: menos casas hay que coches.

ROGERIO. No los quiten, que habrá más. (Vase el pret.)

PRET. 4.º Aconsejarme, señor, con vuestra alteza querría, por ser su sabiduría al paso de su valor.

Yo tengo una mujer moza y tan señora de sí, que no hace caso de mí; toda mi hacienda destroza. Mas lo peor que hay en esto es que de celos me abrasa; no quepo con ella en casa, y en tal extremo me ha puesto, que el amor que había en los dos es ya un infierno abreviado.

ROGERIO. Lastímame vuestro estado: mas ¿pedisla celos vos?

PRET. 4.º No puedo disimularlos.

ROGERIO. Pues mudo habéis de advertillos, porque lo mismo es pedillos, que dar licencia de dallos.

PRET. 4.º Celos son que me atormentan.

ROGERIO. Hay dos, y entrambos tan fieros, que afligen si son solteros, y si casados afrentan.

PRET. 4.º No hay gala que no quisiera.

ROGERIO. Pues dádsela si podéis, y con esto excusaréis el admitir las de fuera. (Vase el pret. 4.º)

PRET. 5.º Señor, yo me vuelvo loco adorando una doncella para casarme con ella, mas correspondeme poco.

ROGERIO. ¿Regaláisla?

PRET. 5.º Dóila versos infinitos en quintillas, décimas y redondillas y otros géneros diversos que no digo, por ser tantos. Seis cantos de octava rima la di ayer.

ROGERIO. Pondránla grima, que descálaban los cantos. ¿Son vuestros?

PRET. 5.º No, gran señor, que tengo un poeta amigo.

ROGERIO. Y será justo castigo que ese usurpe vuestro amor. Cualquier género de penas es razón hacer pasar á quien piensa enamorar mujer con gracias ajenas. ¿Queréisla mucho?

PRET. 5.º La adoro.

ROGERIO. Pues dejad los madrigales, y daldé canciones reales y redondillas en orp. (Vase el pret. 5.º)

PRET. 6.º Un amigo pierde el seso por casar con cierta dama, que ella excusa, por la fama que le han dado de confeso.

ROGERIO. ¿Gasta?

PRET. 6.º Hale dado en sacar el alma.

ROGERIO. Pues bien se emplea, que él del tribu de Dan sea, cuando ella es del de Isacar.

PRET. 6.º Hale quitado infinito, y déjale porque está ya tan rica.

ROGERIO. Si estará, si es suyo el reino de Quito. (Vase el pret. 6.º)

### ESCENA V

ROGERIO, FILIPO y el DUQUE

FILIPO. A ver entra á vuestra alteza el gran Duque.

ROGERIO. Dejad, pues, consultas para después.

DUQUE. Hijo, de vuestra tristeza participa vuestra prima; enferma por vos está; visitalda, y sanará, pues veis en lo que os estima.

COMEDIAS DE TIRSO DE MOLINA.—TOMO I

ROGERIO. ¿Clemencia está enferma?

DUQUE. Y siente

vuestro amor tibio y remiso. Desde el punto que os vió, os quiso: si sois sabio y obediente, agradeced como sabio; como obediente dejad la vuestra en mi voluntad, que os hacéis á vos agravio. La dispensación espero de hoy á mañana.

ROGERIO. (Aparte.) ¡Ay, amor! Dispensad vos, que es mayor vuestro dominio.

DUQUE. Yo espero que restaure su alegría y salud vuestra presencia. Sangrarse quiere Clemencia: envialda la sangría. (Vase.)

### ESCENA VI

DICHOS, menos el Duque.

ROGERIO. Filipo, la juventud también es enfermedad: disposiciones curad, sangraréis en salud. Corales que adornan cuellos, no generosos, villanos, afrentan los cortesanos: sangre muestran, sangraos dellos. Señor, la que los perdió gusta.

ROGERIO. Yo soy vuestro amigo: que os sangrés dellos os digo; no aguardéis que os sangre yo.

FILIPO. Mucho encierra este misterio.

ROGERIO. Escribir quiero á Clemencia; traedme con qué.

FILIPO. La ciencia astróloga de Rogerio todo lo alcanza. ¿Si sabe que quiero á Leonisa bien? ¿si la tiene amor también?

ROGERIO. ¿No vais?

FILIPO. ¿Si del cargo grave que ejercito, desiguales juzga serranos amores?

ROGERIO. Acabad.

FILIPO. ¿Quién vió, temores, sangrar de mal de corales?

(Va Filipo por recado de escribir.)

ROGERIO. Por mas que callar procuro, habla mi desasosiego; que en fin, donde amor es fuego, brotan celos, que son humo.

FILIPO. Aquí está la escribanía. (Con el recado de escribir.)

ROGERIO. Escribiré este papel, y llevaréisle con él á mi prima la sangría. (Pónese á escribir.)

FILIPO. ¿Que deste hombre tiemble yo! Pero es Duque y es discreto: sangrarme manda, en efeto, porque los corales vió.

## ESCENA VIII

ROGERIO.

Prometió venir á verme  
Leonisa, y fué en prometer,  
como en el amar, mujer:  
La ausencia es sueño; ella duerme;  
mas ya que á favorecerme  
no venga, sea á atormentarme,  
que si por Filipo á darme  
viene penas que sufrir,  
más vale verla y morir,  
que no verla y abrasarme.  
Aquí está un papel cerrado,

(Tómale y ábrele.)

sobrescrito para mí.  
¿Quién le dejaría aquí?  
De Filipo está firmado.  
Hele reñido; no ha osado  
de vergüenza y de temor  
darme cuenta de su amor,  
y darámele en papel,  
que en fe de que hay poca en él,  
no tiene el papel color. (Lee.)  
«Leonisa, señor, perdió  
los corales que os dan pena.  
Hallélos, y una cadena  
le envié, que recibí;  
que la besaba vi yo,  
con que satisfecho quedo:  
si de vuestro gusto excedo  
por intentarme casar,  
vos lo podéis remediar,  
que yo la adoro, y no puedo.»  
Aquí si que es menester  
estudiar, ciego rigor.  
Comenzó amor por amor:  
viniéronle á suceder  
celos; mas ya, ¿qué he de hacer  
si para fin de mis años  
se van aumentando daños,  
pues quieren mis penas, celos,  
que á mi amor sucedan celos,  
y á mis celos desengaños?  
¿Que Leonisa me olvidó  
tan presto! Escribí en arena. (Lee.)  
«Hallélos, y una cadena  
le envié, que recibí.»  
¿Por oro Filipo entró?  
Pero el oro, ¡que no acabal  
¡Ay, cielos! (Lee.) «Que la besaba  
vi yo.» Basta, que si agora  
amor ya sus flechas dora,  
no habrá menester aljaba.  
Confiesa el suyo sin miedo,  
y no le puedo culpar. (Lee.)  
«Vos lo podéis remediar,  
que yo la adoro, y no puedo.»  
Concluido, por Dios, quedo.  
¿Qué hay que replicar aquí?

(Rompe el papel.)

Ganó lo que yo perdí.  
Pierde el que á jugar se asienta,  
y paga aunque más lo sienta:  
lo mismo será de mí.  
Casarlos mañana intento,

Yo estoy por Leonisa ciego,  
y si me sangra, verá  
que en vez de sangre, saldrá  
de todas mis venas fuego.

ROGERIO. Echad polvos.

FILIPO. ¿Qué hice, cielos?  
(Ha echado el tintero por polvos.)  
Turbéme; la tinta eché  
por los polvos.

ROGERIO. Eso fué  
como echar sobre amor celos.  
Dadme el papel blanco acá.

(Vuelve á escribir otra carta.)

FILIPO. Otra vez vuelve á escribir.  
Tal prudencia, tal sufrir,  
¿qué mármol no obligará?  
¿Que echase la tinta yo  
por los polvos! Pero ¿á quién  
no turba un sabio? ¡Ay, mi bien,  
tu memoria lo causó!  
Mi turbación manifiesta,  
Leonisa, lo que te quiero.

ROGERIO. Filipo, este es el tintero  
y la salvadera es esta.

(Vase con la carta escrita.)

## ESCENA VII

FILIPO, solo.

¡Compendiosa reprensión  
y discreto advertimiento!  
Tan sutil entendimiento  
bien merece admiración;  
pero mayor me la ha dado  
lo que por cifras me avisa.  
¿Qué le importa que en Leonisa  
ocupe amor mi cuidado,  
que con tan claras señales  
muestra el pesar que le doy?  
¿Qué le va si suyo soy,  
en que traiga sus corales?  
Bien la debe de querer;  
juntos vivieron los dos;  
si él es Duque, amor es Dios;  
¿quién tendrá mayor poder?  
Pues sea su amante ó no,  
que si disgusto le dan  
los corales en que están  
cifras que amor declaró,  
yo que no oso cara á cara  
mis deseos descubrirle,  
por escrito he de decirle  
el favor que los ampara.

(Escribe y habla.)

Lo que por sabio penetra,  
en este papel resuma:  
sirva de lengua la pluma  
y de palabra la letra.  
Firméla; bien está así.

(Cierra el papel y sobrescribete.)

«Al Duque nuestro señor:  
declaralde vos mi amor,  
papel, cuando vuelva aquí.

(Deja el papel sobre la mesa y vase.)

## ESCENA XI

CLEMENCIA con banda, y dos CRIADOS.

CLEMEN. Cuanta hacienda tengo es poca  
para albricias deste bien:  
el seso he dado también,  
que estoy de contento loca.  
Ya se ha acabado mi mal.  
¡Oh, alegre dispensación!

CRIAD. 1.º Cerca de la posesión,  
todo amor es liberal.

CLEMEN. ¿Rogerio, qué dice á esto?

CRIAD. 2.º Celebrara su alegría,  
si de su melancolía

no fuera el mal tan molesto.

CLEMEN. La causa de su pesar  
me atreviera á decir yo,  
pero mi amor me enseñó  
á sentirlo y á callar.

El es sabio y obediente:  
no sabrá salir del gusto  
de su padre.

CRIAD. 1.º Y eso es justo.

CLEMEN. Yo sé de mi amor ardiente  
si una vez su esposa soy,  
que sabré hacerle olvidar  
memorias de su pesar.

## ESCENA XII

DICHOS y ENRIQUE.

ENRIQUE. Mil parabienes os doy,  
aunque á mi costa, señora,  
del tálamo que esperáis,  
puesto que ingrata pagáis  
un alma fiel que os adora.  
Gozad de amor fértil fruto,  
con que á Francia reyes déis,  
que si vos galas traéis,  
las de Enrique serán luto.  
¡Pobre de quien con perders  
tiene de perder la vida!

CLEMEN. No agriéis con vuestra venida,  
Enrique, el gusto de veros.  
Ya os dije la voluntad  
que de obedecer mi tío  
ha tenido el gusto mío;  
mi contento acompañado,  
que si me queréis, es justo  
que mis dichas os le den.

ENRIQUE. Mézclase el mal con el bien,  
y el placer con el disgusto.  
De mezcla el alma se viste:  
porque estáis vos, prima mía,  
alegre, tengo alegría,  
y porque os pierdo, estoy triste.

## ESCENA XIII

DICHOS y FILIPO con una caja curiosa cerrada, con un papel.

FILIPO. El Duque, nuestro señor,  
dilata, señora, el veros,  
porque teme entristeceros  
su melancólico humor,  
y este presente os envía.

y mostrar cuán sabio soy,  
pues venciéndome á mí, doy  
corona á mi sufrimiento.  
Esto dice el pensamiento,  
mas no el amor en que excedo  
á la ley que admito y vedo.  
Si hacéis, ausencia, olvidar,  
«vos lo podéis remediar,  
que yo la adoro, y no puedo.»

## ESCENA IX

ROGERIO y ENRIQUE.

ENRIQUE.

Ya ¡a dispensación, Duque, ha venido,  
ya le dan parabienes á Clemencia,  
y ya yo, castigado, presumido,  
de mis desdichas lloro la experiencia.  
Interpreté, de vos favorecido,  
en mi favor la equivoca sentencia  
que pronunciaste, misterioso, un día,  
juzgando que Clemencia fuera mía:  
engañéme de puro confiado.  
Gozalda, primo, vos, que si algún gusto  
admite mi dolor desesperado,  
es ver lograrse en vos amor tan justo.  
Yo, Duque, moriré menospreciado,  
Abriles agostando este disgusto  
de una florida edad, de un firme amante,  
de un desdichado, en fin.

ROGERIO.

Dadme ese guante.

(Vase Rogerio.)

## ESCENA X

ENRIQUE.

¿Sin responderme se va  
y de la mano me lleva  
el guante? Confusión nueva,  
¿quién declararos podrá?  
¡Válgate el cielo por sabio!  
¿Guante mío para qué  
si de desafío fué  
contra su primer agravio?  
Mas no, que en el desafío  
quien los hace y solicita,  
guantes da, que no los quita,  
y el Duque se lleva el mío.  
¿Yo dándole parabienes,  
y él mis penas escuchando?  
¿Yo muriendo, y él callando  
sus dichas y mis desdenes;  
y cuando esperando está  
respuesta mi amor constante,  
sale con «dadme ese guante»,  
y sin hablarme se va?  
¡Oh enigmático Rogerio!  
hablad y daos á entender,  
que Enrique no puede ser  
Edipo deste misterio. (Vase.)